



## ESCUELAS PROFESIONALES SALESIANAS

C/. Alfonso XII, n.º 111  
B A D A L O N A  
(Barcelona)

Montardit de Dalt: 26 de marzo de 1907

Barcelona: 3 de junio de 1980

## DON JOSE BARBAL ELFA

Coadjutor Salesiano

Queridos hermanos:

Al comunicaros la noticia del traslado a la Casa del Padre de nuestro querido hermano, ocurrido en la madrugada del día 3 de junio último, nos ha parecido conveniente iniciar esta carta con dos propuestas del último Capítulo Inspectorial-80, referentes a la «Pastoral Vocacional» en nuestra Inspectoría:

A) «La Inspectoría se compromete a realizar este mismo año —a través del equipo de animación vocacional—, una seria reflexión y búsqueda de soluciones al problema de la falta de *vocaciones salesianas de coadjutores*.»

B) «La Inspectoría está decidida a intensificar la Pastoral Vocacional *del salesiano coadjutor*. Por ello, tanto en la Pastoral Vocacional de las Comunidades Locales, como en las del equipo de animación vocacional, se presentará también la figura del *salesiano coadjutor*, incluyendo en dicho equipo la presencia de alguno de ellos.»

Creemos que la larga vida de fidelidad y de perseverancia, vivida por nuestro querido señor Barbal a lo largo de 54 años de vida religiosa, bajo el carisma del *Salesiano Coadjutor*, realiza plenamente el modelo que a todos nos incumbe promover si somos consecuentes con el CI-80. Intentaremos hacérselo ver a continuación con la valiosa ayuda de hermanos que convivieron con el señor Barbal y con las ideas y apuntes que él nos ha dejado en abundancia.

### VOCACION Y COHERENCIA

José Barbal Elfa nació en Montardit de Dalt, pueblecito pintoresco del Pirineo de Lérida, el día 26 de marzo del año 1907. Sus padres fueron Agustín y Martina, modelos y responsables de la cristiana educación de sus

cuatro hijos. Nada de extraño, pues, que uno de ellos, *el Gepet* —como le llamaban en familia—, manifestase el deseo de enfilarse el camino de la vida religiosa.

La comarca del Pallars Sobirà fue siempre pródiga en vocaciones para la vida consagrada. Aquella ya lejana fundación de Rialp de los tiempos de Don Rúa, cerca de Montardit y de Sort, una de las primeras casas de la España Salesiana, ha sido levadura de muchas y excelentes vocaciones salesianas, al socaire de unas familias patriarcales no contaminadas aún con el materialismo de *las tierras llanas*, como diría A. Guimerá.

Aquellas tierras altas rodeadas de montañas esquivas, surcadas de ríos fragorosos y transparentes, cuajaron el carácter llano y entero de nuestro pequeño *Gepet*. Acostumbrado ya de muy joven al trabajo duro de la montaña —como él mismo gustaba revivir—, el señor Barbal nunca se avino a las veleidades y blanduras de una vida muelle, sin espina dorsal. Era todo un hombre de una pieza, tenaz y luchador, inasequible al desaliento, exigente y voluntarioso. Con todo, sabía endulzar su fuerte temperamento con el sentido del humor, de la disponibilidad y del servicio infatigables hacia los jóvenes y la Comunidad.

A los 19 años de edad, el día 15 de agosto de 1926, José Barbal entregaba su juventud saturada de vigor a la Congregación Salesiana, después de concluir el año de novicio en la casa de Sarriá. Siempre tuvo un recuerdo imborrable de la casa solariega de la Inspectoría, forjadora de excelentes salesianos coadjutores y antiguos alumnos que han llevado el nombre de las *Escuelas Profesionales* a todos los rincones de la Península y de América. Sarriá configuró la personalidad salesiana del señor Barbal, a quien acogió entre sus muros durante más de 25 años en diferentes e inolvidables etapas.

Su vocación decidida de *salesiano-coadjutor* recibió confirmación plena y segura, al lado de hermanos muy beneméritos y ejemplares, a los que él no pudo olvidar en el transcurso de su vida. Lo expresó con estas palabras textuales:

*«Puedo garantizar muy bien que los ejemplos vividos en Sarriá, en tiempo del aspirantado y noviciado por los años 23 al 26 al lado de tantos coadjutores, fueron un sólido fundamento para mi vida salesiana. Siempre recordaré a los señores Nuño, Ribas, Reverter, Rabasa, Rodicio Gil, Bertrán, Ramos, Mestres, Recasens..., y tantos otros que todavía viven y no nombro por no herir su modestia.»*

Este impacto vocacional recibido en Sarriá durante su juventud, siempre se esforzó en transmitirlo a los demás. Dejó escrito el año 73:

*«Corremos tiempos difíciles. Es necesario que tengamos más entusiasmo a la hora de hablar a la juventud del tema vocacional, aunque nos parezca que los jóvenes no nos hagan caso. Hemos de hablar a la masa oportunamente, a los grupos y a los individuos apenas se vislumbra una rendija de vocación. Da mihi animas caetera tolle.»*

Sentía un auténtico celo apostólico ante el grave problema de la falta de vocaciones:

*«Recuerdo al señor Rodicio Gil —nos ha dejado escrito—, panadero de Sarriá por los años 23, 25, 28... después mártir en la Guerra Civil del 36, repartiendo el pan por los comedores. Era un testimonio de amor y de caridad cristiana, amasado de humanidad y de un trato social exquisito... No pueden brotar vocaciones donde no se habla de ella, ni en sentido general, ni apostólico, ni cristiano y salesiano. Hay razones siempre válidas: basar el apostolado en la belleza de la imitación de Jesucristo... ¡El deber del fomento de las vocaciones pertenece a todos los salesianos!»*

## PLENITUD HUMANA Y SALESIANA

La anchura de horizontes que nos ofrece la dimensión humana y salesiana del señor Barbal —como apreciamos en tantos aspectos de su vida—, quizás fue debida en parte a su visión global de la Congregación y de sus problemas. En esta visión de síntesis algo tuvo que ver su estancia en el extranjero: del año 1926 al 1928 hizo dos cursos de perfeccionamiento profesional en Italia (San Benigno Canavese), acabados los cuales hacía su Profesión Perpetua. Del 1928 al 1932 reside cuatro años en Córdoba de Argentina, años de madurez y de plenitud en muchos aspectos. De ellos siempre tuvo grato recuerdo, así como amistades de salesianos inolvidables, como la del coadjutor don Francisco Berra con quien mantuvo correspondencia hasta su muerte. Otro, el padre Ernesto Puppo, hace pocos meses le escribía desde Tucumán, iniciando su carta con auténtica sensibilidad fraterna: «Barbal mío: ¿Recibiste mi postal...? Te envía abrazos y saludos Cruz Aramendía, tu exalumno de Córdoba... y a continuación pasaba a darle noticias de aquellos hermanos salesianos argentinos de los años 30, así como los saludos y abrazos de otros antiguos alumnos suyos, que todavía le recordaban, después de cerca de 50 años de ausencia.

Y aquí ciertamente hemos tocado uno de los rasgos relevantes de la personalidad del señor Barbal. Era un hombre de amistades profundas, sinceras y fieles, pues eran la consecuencia de una calidad humana excepcional. Alguien se preguntará, pero ¿es que el señor Barbal no tuvo defectos? Claro que los tuvo, y no pequeños del todo, al igual que todo hijo de Adán, ya que por otra parte estaban en proporción de su solidez humana. Uno recuerda el genio fuerte, a veces la intransigencia crispada que a menudo le quedaba dibujada en el rostro cuando las cosas y las personas no se avenían demasiado a su punto de vista o a su temperamento sanguíneo y emotivo. Pero a nuestro parecer aquí estriba precisamente la gran categoría humana del señor Barbal: le animaba siempre un gran salesianismo, decidido y entusiasta. No conocía las medias tintas.

*«El salesianismo del señor Barbal —atestiguan hermanos suyos de Sarriá—, se manifestaba en un gran amor a todo lo salesiano: tradiciones, costumbres y sobre todo las personas. Amaba en primer lugar su vocación, de la que siempre estuvo seguro; podemos afirmar que nunca tuvo dudas acerca de ella.»*

*«Su nerviosismo y su impaciencia —nos dice otro colega suyo—, que sin duda extrañaban a quien no le conocía de cerca, su aparente desorden y desaliño, casi siempre eran achacables a su actitud permanente de ser-*

*vicio, a su afán incansable de llegar a todo y de complacer a todos... Una prueba palpable de su salesianismo era la gran preocupación que tenía por los jóvenes salesianos coadjutores que llegaban del noviciado a Sarriá para completar su formación técnica y religiosa. A ellos dedicaba sus esfuerzos, sus afanes y el afecto de hermano mayor.»*

El prurito de la perfección, de las cosas bien hechas, era para él como una segunda naturaleza, como una constante de su vida. Hasta su última enfermedad, lo espoleó el deseo de una mejora en todos los niveles: ante todo en la mecánica, de la que era un enamorado y convencido; no digamos en la Escuela Profesional, su radio de influencia; en la cultura general, en la misma literatura. ¡Qué deseo tan grande el suyo de un dominio del arte de la pluma y de la palabra! Era un apasionado de la lectura, por el gran provecho que de ella sacaba para bien de los jóvenes. Son innumerables los folios que ha dejado escritos: libros, revistas, conferencias, periódicos..., todo lo releía y resumía después de reflexionarlo y meditarlo. Aquí os presentamos a continuación algunas muestras de esta inquietud del señor Barbal:

*—«Hemos de educar a los jóvenes, formarlos para que no se echen a perder ni perjudiquen a los demás. Es preciso que todos vayamos al unísono en la exigencia de "las normas de circulación", a fin de poder hacer un feliz viaje por la vida. No declinemos nunca ni esquivemos nuestra responsabilidad.»*

*—«Aconsejo —decía después de una visita hecha a una Escuela Profesional—, que los alumnos dediquen más tiempo a la humanística, aunque sea recortando el tiempo dedicado a la tecnología y al taller...»*

Al leer estos apuntes uno comprende aquella inquietud indeclinable del señor Barbal por la formación humana, como base imprescindible para la formación técnica y profesional. Era su preocupación constante, pues creía en el hombre y en sus posibilidades, pero en un hombre íntegramente formado, técnica y espiritualmente.

*«El hombre —sigue escribiendo—, dispone siempre de un cierto bagaje de cualidades humanas que es necesario descubrir y potenciar. La alegría de disfrutar de una buena posición siempre tiene que ir unida al esfuerzo personal por haberla alcanzado.»*

## SALESIANO INCANSABLE

No podemos olvidar este aspecto tan característico del señor Barbal, aunque tan sólo sea por encima.

*«Barbal fue un trabajador infatigable —dice un compañero suyo—. Los numerosos alumnos de la Escuela de Mecánica podrían hablar de su interés por todos y cada uno de ellos porque aprovechasen bien el tiempo en las clases de tecnología, de dibujo y en las prácticas de taller. De aquí provenía, sin duda, el gran prestigio que tuvo siempre entre ellos siendo*

*alumnos, y que se prolongaba después de la salida de la Escuela, pues a él le debían frecuentemente su colocación en la Industria y el conveniente asesoramiento ante las primeras dificultades. ¡Cuántos antiguos alumnos de Sarriá y de Pamplona lo visitaban para saludarle y agradecerle cuanto había hecho por ellos dentro y fuera de la Escuela...! Y prosigue otro coadjutor: «...cuando terminaban las clases, en vacaciones, continuaba trabajando incansablemente, con aquel su típico nerviosismo, en preparar ejercicios y trabajos que pudieran estimularles. Esto sobre todo era de agradecer y de apreciar en los tiempos difíciles de la postguerra, en que faltaban los materiales más imprescindibles y se carecía en absoluto de recursos didácticos y de maquinaria adecuada.»*

La ingente labor del Salesiano Coadjutor en el campo de las Escuelas Profesionales en nuestro país, en el transcurso de lo que va de siglo, ya ha sido documentada y valorada históricamente. Si así no fuera, figuras como la presente merecerían de sobras una atención especial, de cara a las futuras generaciones. Leemos en *Una obra social*, publicado en Pamplona a raíz del 50 aniversario de las Escuelas Profesionales Salesianas de aquella ciudad: «...Todo lo que se ha dicho de don Emilio López, también es válido para el señor Barbal, figura excepcional..., aquel coadjutor trabajador, sencillo y sacrificado, siempre en su sitio de maestro y asistente, aquel coadjutor que descansaba en los dormitorios al lado de sus alumnos, que los orientaba apenas se levantaban del lecho, a la hora de bajar a la capilla, a los patios, al taller de prácticas..., en aquellos cursos de casi once meses de duración, sin vacaciones —¡ni siquiera las de Navidad!—, aquel coadjutor todavía hallaba tiempo para ir a pasear con su grupo de alumnos los domingos y fiestas, de atenderlos en una gran sección del Oratorio Festivo, de prepararles juegos de hierro hechos en el taller, así como pasavolantes, trapecios, ranas, etc.».

*«El señor Barbal y yo —dice otro compañero suyo de fatigas—, convivimos algunos cursos aquí en Pamplona, siempre muy compenetrados, sin necesidad de demasiadas palabras. Era serio y responsable en la asistencia de dormitorios, talleres, capilla...; pero siempre, con su oportuno sentido del humor, permitía que uno se relajase en momentos de distensión. Siempre el gesto sereno, de buen humor, con aquella gracia tan característica suya que le distinguía y tanto ayudaba a disipar negros nubarrones...»*

## HONDA ESPIRITUALIDAD

No nos parece bien cerrar esta semblanza del señor Barbal sin hacer alusión expresamente a su profunda espiritualidad y piedad. Continuaremos escuchando los testimonios de aquellos que estuvieron a su lado largos años, y el propio testimonio del señor Barbal, reflejado en tantos y tantos apuntes y reflexiones personales:

*—«Su vida estaba bien cimentada en Dios, en una auténtica y sincera confianza en El... Barbal era puntual a las prácticas de piedad, nunca faltaba a ellas, excepto casos aislados, casi siempre motivados por imperativos de su multiforme actividad. Rezaba con sencillez y, a pesar de su insufi-*

*ciente actualización litúrgica, vivía y penetraba el espíritu de la Liturgia, de los Sacramentos y de la Palabra de Dios, que sabía luego trasladar a la propia vida.»*

Después de haber hablado extensamente con él, ya enfermo de muerte en la clínica, el visitador regional don José Antonio Rico manifestaba:

*«...lo he conocido ya enfermo, pero comprendí que era de una talla humana, religiosa y salesiana digna de todo encomio. Una prueba es el afecto con que tantos alumnos, exalumnos, padres, amigos y hasta desconocidos han ido dando sangre por él. Otra, para mí, fue su serenidad, su sencillez (me habló más de una hora en la clínica), su piedad.»*

Ahora bien, quien no conocía de cerca al señor Barbal, podía interpretar su espiritualidad y piedad un tanto formulistas. Escuchemos tan sólo algunas de sus propias reflexiones al particular:

*«La Eucaristía es una asamblea de creyentes, no necesariamente amigos. Se reúnen atraídos por Cristo y su Evangelio... De acuerdo que la vida es un viaje hacia la muerte, pero mientras tanto quizás nos aprovechamos demasiado, contemplando el panorama y olvidando otras cosas... El paso por el mundo tan sólo es una preparación para la otra vida. Los justos peregrinan en compañía de Dios... Rezar no es tan sólo hablar con Dios, sino sobre todo y mucho más perfecto es escuchar a Dios que nos habla. Si tenemos enchufado el canal UHF de vistosos colores, pero Dios nos habla por el primer canal, ni nos enteramos de lo que El nos comunica... Conducidme, Señor, por vuestros caminos hacia el reposo. Concededme el descanso del alma desprendida y confiada...» y añadía de su puño y letra: «En este libro de la Oración de las Horas hay pensamientos muy útiles para la meditación y la predicación.»*

La letra cursiva la ponemos nosotros, porque sencillamente creemos que estas palabras deberían espolearnos para hacer de nuestras reuniones eucarísticas y de Oración Comunitaria unos auténticos encuentros fraternos, al lado de Dios Padre y de nuestros hermanos todos, sin excepción, también de los que teníamos a nuestro lado hace poco y no nos han dejado del todo con la muerte, pues su espíritu continúa vivo y latente en medio de la Comunidad. Su devoción a María Auxiliadora le llevaba a un cuidado solícito y constante de su Santuario: estos últimos 7 años de estancia en Badalona era el primero en saludar a la Virgen de buena mañana. El Rosario diario el signo externo de devoción mariana.

## UNA OJEADA FINAL

Comprendemos que esta semblanza del señor Barbal rebasa los estrechos límites de una carta mortuoria. Con todo hemos creído conveniente añadir todavía unas pinceladas más, que a modo de flash final, nos den una silueta más perfilada de una personalidad tan rica y tan salesiana. Nosotros, como Comunidad que ha vivido al lado de él estos últimos años, confesamos ante todo y con humildad que no conocemos de los hermanos

que tenemos al lado sus virtudes y méritos. Sí, en cambio, sus deficiencias y limitaciones. A pesar de ello, suscribimos esta semblanza amasada de juicios diferentes que nos han ayudado a centrar en sus debidos límites la figura de nuestro querido señor Barbal, ya septuagenario y limitado por los achaques, la edad y la enfermedad. Un Barbal que hemos tenido entre nosotros un tanto desdibujado, pero que gracias a otros hermanos que le trataron en su plenitud, hemos podido conocer mejor. ¡Gracias por esta valiosa aportación de los hermanos de Pamplona y de Sarriá!

Pero oigamos algunos juicios de otros hermanos que nos han escrito a propósito de su fallecimiento:

—«No es posible trazar en unas breves líneas la semblanza de este salesiano ejemplarísimo que convivió con nosotros... Podemos destacar, con todo, tres rasgos: la piedad sencilla, el espíritu de trabajo y el afecto hacia todo lo salesiano.»

—«Yo estoy seguro —dice otro— que ha entrado en el gozo eterno con la misma naturalidad con que vivió en el trabajo, con los hermanos y en la oración. Recordábamos con X. X. esta personalidad riquísima en su sencillez. Un criterio, una generosidad y una alegría cristiana como pocas veces se ven.»

—«Para el señor Barbal —añade otro—, cualquier momento era bueno para animar, ayudar y aconsejar a los muchachos. En los contratiempos no perdía el buen humor. Una noche en Pamplona y durante el deshielo, mientras los chicos dormían, íbamos sacando pozales de agua de los dormitorios en silencio y rezando... Barbal se hacía querer de todos. Una buena parte del prestigio actual de las Escuelas Profesionales de Pamplona se debe a él.»

—«Barbal —dice un veterano coadjutor— era ejemplar asistente en la iglesia, en las clases y talleres, dormitorios y comedor... y demostraba un gran espíritu de sacrificio siempre y en todo lugar, con tal de atender a todos.»

«Creo que el señor Barbal ha sido un salesiano de verdad —nos escribe don José A. Rico—. Vosotros lo pondréis de manifiesto en la carta mortuoria que espero como estímulo para mí... Proponemos seguir la fidelidad del señor Barbal.»

No podemos poner punto final a estas líneas sin hacer llegar nuestra sincera gratitud, por los numerosos y desinteresados testimonios de solidaridad fraterna y cristiana, recibidos por esta Comunidad de Badalona, en el transcurso de estos siete largos meses de la enfermedad del señor Barbal.

Son muchísimas las personas (salesianos, cooperadores, AA. AA., alumnos, amigos, padres de alumnos...) que nos han dado su apoyo incondicional en momentos difíciles del curso de la enfermedad. Sin esta ayuda de tantos donadores de sangre, de asistencia diurna y nocturna a la cabecera del enfermo, nos habría sido imposible hacer frente a las circunstancias, que nos superaban del todo. Gratitud ante todo a la Casa Inspectorial y a la Residencia de Martí-Codolar, siempre a disposición del enfermo en sus frecuentes visitas a la clínica que le atendía. Gratitud a la clínica y personal sanitario de la misma, por sus atenciones y delicadezas.

Un ¡gracias! sincero sale de lo hondo de nuestro corazón. Y aunque tantos esfuerzos se vieron truncados en la madrugada del día 3 de junio, la entereza y serenidad cristiana del señor Barbal en sus últimos momentos podemos considerarlas como un fruto anticipado de la felicidad eterna que está gozando. Al sugerirle a flor de oído las últimas jaculatorias de «Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía», plenamente consciente contestaba: *«agonía que ya ha llegado para mí»*.

El funeral y entierro fueron una emotiva manifestación de duelo y de afecto por parte de los hermanos salesianos, familiares, alumnos y profesores de Badalona, su Colegio; AA. AA... y amigos de la Obra Salesiana. El Santuario de María Auxiliadora, de Sarriá, estaba repleto. Más de 40 sacerdotes concelebrábamos al lado del señor Inspector, del Director del Colegio de Badalona y del Director del Colegio de Tremp, Mosén Barbal, sobrino del finado.

Después de la homilía se dio expansión a los *excordes* de un alumno, de un profesor, y de un antiguo alumno del señor Barbal. Ahora sus restos mortales descansan al lado de tantos hermanos suyos del Colegio de Sarriá. Tenía 73 años y dos meses: no demasiado anciano, pero sí suficientemente maduro para disfrutar de un buen pedazo de cielo.

Hermanos, que la figura y los ejemplos de una vida íntegra y fiel como la del señor Barbal, nos sirvan de norte y de orientación para nuestra fidelidad en la Congregación. Y al mismo tiempo, que nos sean guía en la búsqueda de vocaciones de salesianos coadjutores, de la categoría y de la calidad del señor Barbal. Así nos lo piden, como decíamos al inicio de esta carta, el último CI-80, la Congregación Salesiana y la Iglesia. De vosotros afectísimos y hermanos en Don Bosco.

COMUNIDAD DE BADALONA